

«...me enterraron la punta del fusil en la cicatriz de una operación de hernia que tenía al costado derecho. Pero a mí me pegaron poco. Vi a Alberto Corvalán, hijo de Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile. Lo vi en el Estadio Nacional. Lo tenían aislado y no dejaban hablar con él. Nosotros éramos como cuatrocientos detenidos y nos hicieron formar entre dos filas de soldados que nos encañonaban con sus armas, por delante y por detrás. Allí estaba Corvalán hijo, con una frazada en la cabeza. Esto pasaba en la parte exterior del velódromo. Seis milicos lo insultaban en forma soez, para provocarlo y hacerlo hablar, según me daba cuenta. Corvalán no largaba nada. Cuando lo soez de los insultos le exasperaba, él contestaba como hombre y entonces entre los seis milicos lo pateaban, lo golpeaban, lo culateaban sin miramiento alguno, con todo salvajismo y como contentos de hacerlo. Corvalán gritaba entonces que no le pegaran más. Esto se repitió una y otra vez y todos los detenidos estábamos desesperados porque no podíamos hacer nada y estaba claro que si gritábamos siquiera nos iban a ametrallar a todos. Al fin terminó el suplicio de Corvalán cuando se se movió más y quedó botado. Los milicos exigieron la ayuda de los propios detenidos de la fila para trasladarlo. No supe donde lo llevaron...».

Las mujeres

Los equipos de torturadores militares, graduados en la Escuela de las Américas en la Zona del Canal, han demostrado con las mujeres chilenas una especie de conocimiento general de la bestialidad humana que los coloca muy por encima de sus maestros norteamericanos, a juzgar por lo que sabemos.*

Una profesora universitaria, de la sede Oriente de Santiago de la Universidad de Chile, casada, dos hijos, que estuvo cuarenta días detenida en el Estadio Nacional, hace un *memorandum* para el autor de este libro, sobre el trato a «las prisioneras de guerra»:

«Se las obligaba a permanecer todo el día, boca abajo, con las manos sobre la nuca y las piernas abiertas... Había filas de prisioneras hincadas o paradas contra los muros, y al menor movimiento eran golpeadas, pateadas... Y en varios casos, lo vi, baleadas... En los camarines de seis por cinco metros había cien mujeres. Comida una sola vez al día (a las 16 o 17 horas). Había

dos grupos mayoritarios de prisioneras: obreras y profesionales universitarias... Muchachas y mujeres adultas fueron vejadas, obligadas a desnudarse, manoseadas e insultadas como preámbulo a los interrogatorios... Las profesoras habían sido sacadas desde las propias salas de clase con los brazos en alto... Un grupo de maestras de escuela tuvo una peregrinación abyecta: en la comisión investigadora una de ellas fue pelada al rape... Luego a los Cerros de Chena, siempre con los ojos vendados... Para ir a los servicios higiénicos debían hacerlo con guardias que aprovechaban para manosearlas y golpearlas... Las interrogaban desnudas, les aplicaban corriente eléctrica en la boca, las manos, los pezones, la vagina, desparramaban agua sobre sus cuerpos para que el dolor fuera más intenso. Las palabras con que se dirigían a ellas eran propias de degenerados y las hacían repetir continuamente “yo soy huevona”, “yo soy huevona”... Una profesional de un hospital fue llevada al recinto naval de la Quinta Normal. Allí estuvo tres días sin poder dormir nunca, sometida a torturas eléctricas cada ciertas horas. También a ella se le aplicó electricidad en la vagina. Después la llevaron al Estadio Nacional. Fue llevada a interrogatorio de nuevo, también con los ojos vendados. Esta vez, al parecer fue en el Velódromo, donde ya se había instalado la cámara de torturas. Fuera de corrientes eléctricas, esta vez se le obligó a tomar algo con la mano. Le habían puesto una inyección, que supuso de pentotal y que la tenía algo mareada, pero consciente. Al momento, sintió que era un miembro masculino que, al contacto con su mano, se puso erecto. Se lo introdujeron en la boca, donde eyaculó.¹⁰

Hay otros *memorándum* de prisioneras que después lograron comunicarse con el autor de este libro. En esencia relatan lo mismo, aunque agregan que algunos oficiales les contaban que tenían «métodos de interrogatorio fuerte» para «ablandar», para «sacar información» y para «intimidar moralmente».

Y algunas novedades en esos otros *memorándum*: «Las acostaban desnudas, sobre las tablas, y desparramaban cera derretida sobre el vientre... Hubo violaciones de a grupo o individual. “Muévete puta marxista”, le decían. “Si no contestas vas a tener que chuparle el pico hasta al general Pinochet, puta de mierda”, les decían también. “Otros oficiales comenzaban por introducirme un dedo en la vagina, con la intención de excitarme»...

Hay muchos ejemplos, las páginas de los periódicos del

